

LANZAMIENTO DE LA MISIÓN TERNURA

Quito, febrero 23 / 2018



A todos ustedes un abrazo afectuoso. Hablar al final siempre es una ventaja, porque ya le “dan diciendo” todo. Más bien, voy a tratar de ser un poco coloquial sobre lo que me ha pasado durante el día.

Como de costumbre, cuando hay un evento como estos, me pongo terno oscuro, camisa blanca, corbata oscura... y así iba a venir. Le pregunté a mi esposa: ¿cómo estoy? Y me dijo: *¿vas a un funeral?*

Dije: ¿cómo así? *Estás extremadamente serio, pareces el mayordomo del castillo de Drácula.*

Tal vez la primera instancia para lograr lo que queremos de nuestros niños, es tomar su vida con alegría, algo que se debería prolongar durante toda la vida.

Estamos hablando de los cuidados prenatales, para que el parto sea sin inconvenientes. Estamos hablando de aquella etapa en la cual pretendemos formar al niño, para que se transforme en el ciudadano que queremos en el futuro. ¡Hacerlo alegre!

Fidel (Castro) decía que los niños vienen al mundo para ser felices. Si no, ¿para qué los traemos? Y claro que son felices.

A veces especulamos acerca de cómo será esa parte celestial que seguramente tiene la vida espiritual del ser humano. ¿Cómo será?

Le llamamos “cielo”, “paraíso”, “otra vida”. Llámenlo como quieran, pero sin duda hay un espacio que escapa a la temporalidad, que escapa a la localidad, que está bastante más lejos que nosotros.

Si alguien quiere saber cómo es ese cielo, solamente tiene que ver a un niño. El nacimiento de cada niño es prueba fehaciente de que Dios todavía tiene esperanza en nosotros.

¡Qué alegría nos causa en nacimiento de un niño! Y debemos proporcionar a los padres los elementos para que sientan esa alegría, como la hemos sentido todos.

¡Qué alegría ver que un niño ríe por primera vez!

Con mi primera hija, Irina, cuando tenía tres o cuatro meses le hice una cosquilla en su barriguita. Y rio, o parecía que reía. Le hice una segunda cosquilla, y estalló de risa.

Como entre esposos solemos ser muy competitivos, le dije: ¡Rocío! *¿¡Qué quieres!?* ¡Ven un momento! *¡Estoy ocupada!* (las mujeres siempre están ocupadas).

¡Ven un momento! *Bueno, ¿qué quieres?* Entonces le dije: Mija se rio conmigo, antes que con vos. Entonces dijo: *quiero verlo.*

Pues le rasqué la barriguita, la niña rio. Pero mi mujer me dijo: *Uhm, no parecía risa.* Le rasqué una segunda vez y la niña estalló en risa. Y ese momento (Rocío) ya no pudo negarlo. ¿Sí, ves? ¡Mija se rio conmigo antes que contigo!

Las mujeres empatan, pero no pierden. Entonces me dijo: *Sí se rio, pero no se está riendo con vos, se está riendo de vos.*

¡Qué preciosa es la risa de un niño!

La más hermosa poesía que conozco sobre la risa de un niño, es precisamente de un ser humano que nunca conoció a su hijo. Fue el poeta Miguel Hernández, asesinado en las cárceles franquistas y condenado a una enfermedad terrible. Sabía que su esposa estaba embarazada y le hizo un poema al niño. Una parte de ese poema precioso, dice: *Ríete niño, ríete niño, que te traigo la luna cuando es preciso.*

¡Imagínense, la luna! ¡Poco para entregarle a un niño, con tal de que me dé una risa!

Tu risa me hace libre, me pone alas, soledades me quita, cárcel me arranca: boca que vuela, corazón que en tus labios relampaguea, es tu risa la espada más victoriosa, rival del sol, porvenir de mis huesos y de mi amo, dice Miguel Hernández sobre lo que debe ser la risa de un niño.

A partir de la primera risa, el niño empieza a reír con frecuencia. Y, claro, los padres y los adultos, estimulados por esa risa, la alegramos, la incentivamos. Lo más hermoso es que esa risa es el primer acto de bondad y de generosidad que tiene un niño: lo hace desinteresadamente, porque a ti te gusta que él ría.

Ríen mucho hasta los tres o cuatro años, cuando algún adulto le dice “¡No te rías, que esto es serio!”. Y a partir de ese momento, la vida para el niño empieza a ser “seria”.

Entonces, ¿por qué debe asombrarnos que la gente en la calle sea de tono adusto, seria, excesivamente seria, dispuesta a reaccionar negativamente ante cualquier estímulo?

Es aquella persona que está detrás de ti en su vehículo, y a la milésima de segundo que pasa el semáforo a verde, está pegándote un pitazo estridente. Y luego si pretendes rebasarle, no lo permite, acelera el vehículo y te manda un “hijemadrado”.

Nos tomamos excesivamente en serio y enseñamos a los niños a que se tomen excesivamente en serio. Así no aprenden a disfrutar de la vida.

El momento en que ingresaba, pusieron una canción, que dice: *Hoy puede ser un gran día, imposible de recuperar, un ejemplar único, no lo dejes escapar, que todo cuanto te rodea lo han puesto para ti, no lo mires desde la ventana y siéntate al festín.*

La única forma de aprovechar el festín de la vida, precisamente es hacerlo con alegría. Por eso debemos aprender a ver nuestra

responsabilidad, como gobierno y como ciudadanía, de una manera integral.

He observado hoy por la mañana estos stands, en los cuales me explicaban los pasos a seguir –técnicamente, científicamente– para que un niño sea feliz. Para que sea el ciudadano que esperamos, para que construya la Patria que aspiramos.

Estoy puesto una corbata un poco rara, no suelo vestir con este tipo de corbatas que tienen animalitos, manzanas, flores, payasos y demás. Pero es un regalo de mis hijas, y a uno los hijos siempre le están reclamando que se la ponga.

La verdad es que no me la puse nunca. Y creo que ahora ameritó como un homenaje a ese espíritu infantil.

En la calle uno encuentra gente dispuesta a agredir física y verbalmente. ¿Por qué? Sencillamente, porque no les enseñamos a ser felices.

Y para ser felices tenemos que ver el cuidado del niño de manera integral. Nosotros lo hemos planteado, desde el punto de vista del ciudadano: “Toda una Vida”, decimos. Toda una vida, sí, como la canción de Los Panchos. Toda una vida con ternura, con cariño.

Berenice (Cordero, ministra del MIES) dio la explicación etimológica y el origen de la palabra Ternura. Y Verónica (Espinosa, ministra de Salud) nos alimentó riquísimamente con el verso de Cortázar, con respecto a la ternura.

Sí, ese “brazo que se extiende” y que en más de una ocasión no encuentra, pero que tiene que seguirse extendiendo hasta topar lo que nosotros estamos aspirando, esa visión holística:

Todo, de manera integral, desde el mismo momento de la concepción, hasta que Dios decide cerrarnos los ojos.

En el caso de la Misión Ternura, hasta los primeros tres años de vida, porque ahí el ser humano se forma anatómica, fisiológica, psicológica, espiritualmente. ¡Ahí, en esa primera etapa!

Ahí es cuando se empiezan a establecer las primeras conexiones de las neuronas, para facilitar el entendimiento del mundo que nos rodea. Ahí hay que aprovechar para formar al niño: dándole música desde que está en el vientre, haciéndole que aprenda a sensibilizarse con los aromas, colores, sonidos, sabores.

¡Que aprenda a inspirarse con la vida! ¡Que aprenda a emocionarse con los amaneceres, con los atardeceres, con los arboles de un amanecer!

Que aprenda a inspirarse con la luna llena, con una noche estrellada. Que aprenda a inspirarse cuando acaricia un animalito, el momento en que ve crecer una planta, un árbol. ¡Que aprenda a inspirarse con ello!

Porque si no aprende a inspirarse con la vida, a disfrutar de ella y a sacarle el provecho generoso que nos da el festín que es la existencia, definitivamente en el futuro deberá encontrar un remplazo.

Un remplazo para que el cerebro gestione la generación de las hormonas que provocan la satisfacción, que provocan la felicidad, que provocan la sensación de bienestar con la vida.

El momento en que el ser humano no encuentra en los elementos naturales, en sus padres, en el amor, en la solidaridad, para proveerse de esas hormonas tan importantes para sentir la sensación de satisfacción con la vida, las encontrará en cosas que le provocan una adicción diferente. Necesitará droga, licor.

La única forma de que eso no ocurra es empezar a formarlo desde niño para que sea feliz, y ya adulto transmita esa felicidad.

¡Porque nadie puede dar felicidad si no es feliz!

Un ser que aprenda a amar la tecnología, que ame adentrarse en el conocimiento profundo, en poder explicar con facilidad las cosas, en poder conceptualizar, en poder encontrar la metodología para investigar.

¡El poder hablar, el poder practicar con facilidad una retórica para explicar a los demás lo que siente y lo que quiere!

A veces, una de las principales dificultades que tenemos con otros seres humanos, es que no tienen esa facilidad –o no la tenemos– para explicar lo que sentimos, lo que tenemos adentro.

Para lograr eso, debemos forjar niños felices que aprendan a amar el conocimiento, que aprendan a inspirarse con la vida. Después nos encargaremos de impulsarles para que sean seres productivos, profesionales de provecho, para que sean padres que aprendan a amar a sus hijos.

Y así sigamos formando generaciones que formen el país que ustedes y nosotros queremos, que ustedes y nosotros soñamos.

Muchísimas gracias.

LENÍN MORENO GARCÉS

Presidente Constitucional de la República del Ecuador